

Un tipo llamado Émery

(*In memoriam*, 1953-2012)

Por Nicolás Román Borré¹
Asociación de Cineclubes La Iguana

“Los que tienen memoria son capaces de vivir en el frágil tiempo presente, los que no la tienen, no viven en ninguna parte”.

Patricio Guzmán, *Nostalgia de la luz* (2010).

I

Caminaba sin apremio, cuando una guayabera blanca, con un ligero aroma de cigarrillos mentolados, se detuvo junto a mí. No vi su rostro, pero sí escuché la pregunta hecha con solemnidad y tono seco: “¿Eres Nicolás?”. Después de asentir con la cabeza, como en una cinta de Sergio Leone, una explosión de vocablos brotó de sus labios. Eran disparos fonéticos –pero sin insultos– y en un castellano muy pulcro. No entendí ni cinco. El hombre estaba visiblemente enojado. Me decía cosas acerca de la historia de su nombre, de su experiencia en el cine, de la falta de memoria.

Yo seguía azul. Volvió a hablarme de Émery d’Amboise, de una carta, del origen germánico de Émery, que significa “poderoso de la casa”, que es un nombre de varón. Su ira comenzó a disminuir. Lo miré directamente a los ojos y logré ver una bondad natural tras esa imagen de señor indignado. Le pedí que se calmara, que me explicara desde el principio. Por tercera vez, Émery repitió el disco de los acontecimientos, ya que hasta ese entonces yo sólo tenía piezas del rompecabezas sin sentido. Estuve atento, y respondí que, al igual que Claude y Nery, su nombre podía ser utilizado por una mujer, indicándole el contexto de los hechos de los cuales me acusaba.

Émery no me creyó. Encendió un cigarrillo lentamente. El tiempo se detuvo. Parecía consultar los espíritus, como hacen las gitanas. Miró hacia lo alto. El humo del tabaco rodeó su rostro; luego me miró, decepcionado. Dio media vuelta y se marchó al edificio Ganem. Para comprender la

¹ Estudios de Derecho y Administración de Empresas en la Universidad de Cartagena. Cieneasta y cineclubista cartagenero radicado en Francia. Ha dirigido los documentales “El cine es poesía” y “Negro con negro da calor”. Hace parte de la Asociación de Cineclubes La Iguana.

cólera de Émery Barrios Badel² aquel día, tengo que esclarecer varios detalles. Tenía razón, efectivamente, al decirme que en la ciudad no quedaba huella del trabajo cultural: él había sido uno de los fundadores del cineclub del cual yo hacía parte, pero dos décadas después no existía ningún documento en el Comité de Cine de la Universidad de Cartagena que hablara de ese período, ni de sus miembros.

De nuestro difícil encuentro, sin embargo, surgió algo positivo. Desde entonces se gestó entre un grupo de amigos el proyecto de compilar y publicar la labor cineclubista en Cartagena de Indias. Pero el motivo principal del enojo no era la falta de reconocimiento de su experiencia cinematográfica –Barrios Badel sabía y repetía que “el cineclubismo es una ingrata, quijotesca y menospreciada actividad”–, sino una carta firmada por mí días antes. Había redactado la misiva con el propósito de actualizar la base de datos del cineclub de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, puesto que éste nos remitía todos los meses la programación a nombre de la “Señorita Émery Barrios”. Así que les indiqué en un par de líneas que la mencionada señorita no dirigía ya el Comité de Cine.

Nunca supe si alguien le mostró la carta, o si fueron las lenguas habilidosas del Corralito de Piedra las que le informaron de su contenido. Lo único que se pudo constatar fue que el error nunca se corrigió. El folleto siguió llegando bajo la alusión de género femenino, y por una conversación que sostuve en la esquina de la Escuela de Bellas Artes, la tesis de una broma entre gestores parecía bien fundada. Después del incidente, nos volvimos a ver muy seguido –y sin rencores– en la Sección Cultural de la Universidad de Cartagena. Más exactamente, en la oficina de su gran amigo Freddy Badrán Padauí. Era la época en que el doctor Badrán, Jorge García Usta y Miguel Ángel Caballero compartían un diminuto escritorio en la división de Bienestar Universitario, coordinada por Elena Lapesqueur.

Ahora pienso en Freddy Badrán y me embarga una gran melancolía. Imagino la desolación, el terrible vacío que deja la partida de Émery en su alma, ese infinito dolor. Tengo pesar por Freddy. Los ojos se me aguan, al igual que cuando escucho “*Que c’est triste Venise*”, de Charles Aznavour, y mis lágrimas tibias forman riachuelos incontrolables.

² Nace en Sincé (Sucre) en 1953 y muere en Cartagena el 24 de agosto de 2012. Abogado de la Universidad de Cartagena y destacado musicólogo. Entre sus investigaciones, se cuentan trabajos sobre músicos populares como Pedro Laza, Rufo Garrido y Lucho Bermúdez. Animador del cineclubismo cartagenero en la década de los setenta y director de la Muestra de Cortos del Festival Internacional de Cine de Cartagena (FICCI). Participó durante varios años como asesor de Fiestas de la Independencia en el Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena.

Es que daba gusto verlos conversar con esa mágica complicidad. Parecían hermanitos. Cuando el doctor Badrán platicaba, el doctor Barrios movía sus cejas según las entonaciones de Freddy, y cuando Émery tomaba uso de la palabra, los ojos de Freddy se iluminaban como un niño que descubre la majestuosidad del universo.

II

La última vez que nos cruzamos fue en el parque José Fernández de Madrid. Me abrazó tan fuerte y durante un período tan largo, que yo miraba de reojo para ver quién nos veía –pensé que nos iban a dañar la reputación–. Émery hablaba sin parar, lleno de euforia, agradecía –sin soltarme– por la película que le había regalado. Me decía que era magnífica. Yo agregué que era una obra de arte: ¡para qué fue eso! “¡Completamente de acuerdo, Nico!”, respondió, y arrancó de nuevo. Los elogios iban y venían, también los adjetivos calificativos: “¡Pero qué inteligencia!”, “¡Sin duda un filme cósmico!”, “¡Qué delicadeza!”. “Así es”, añadí. Y Émery allí, estoico, pegado a mí con la infernal humedad cartagenera, disertando con pasión, con su fina ternura.

De pronto, hubo un silencio –yo imaginé que me iba a soltar –: “¿Cómo era la frase del documental?”, preguntó, y enseguida respondió, solito: “Los que tienen memoria son capaces de vivir en el frágil tiempo presente, los que no la tienen, no viven en ninguna parte”. La opinión sobre *Nostalgia de la luz* (2010), de Patricio Guzmán, era la misa que yo todavía profeso, y fue el motivo principal de nuestra amistad. Las cintas que admiro son las que él amaba. Teníamos una especie de simbiosis estética que se extendía igualmente al complejo medio cinematográfico de la ciudad. De *Nostalgia de la luz*, por ejemplo, yo obsequié cerca de veinte copias a cineclubistas, realizadores y amigos cercanos, pero todos me dijeron que era muy lenta, demasiado contemplativa, le faltaba ritmo. Al contrario de ellos, Émery vio el lado metafísico del largometraje. Además del sentido político evidente, hay un sutil trazo espiritual que comparto.

Al principio de nuestra hermandad, me creí como el personaje de “El otro”, de Jorge Luis Borges. No en la acepción de que yo fuera Émery, sino que me volvería como él con el transcurrir de los giros en torno al astro solar. Las similitudes entre nosotros eran numerosas: misma carrera de Derecho; preferíamos el sonido del proyector al código de procedimiento civil; igual visión sobre el funcionamiento del Festival de Cine de Cartagena; mismo cineclub; la creencia en dimensiones paralelas; idénticos gustos filmicos; proyectos de cortometrajes inacabados. Émery relataba con nostalgia que él había sido el último en traer los carretes de Pier Paolo Pasolini a La Heroica. Yo podría

decir hoy lo mismo sobre Andréi Tarkovski y las copias vetustas en treinta y cinco milímetros que presentamos en el Castillo de San Felipe. Émery se parqueaba en la puerta de la Universidad para hablar del cineclubismo en los años setenta. Yo debería hacer como él, con miras a dejar un rastro del movimiento en la década de los noventa.

Émery era un baúl de *souvenirs* que soñaba en imágenes. Era mi otro yo audiovisual, pero claro está, de una generación anterior. Andaba siempre hablando sobre el Comité de Cine de la Universidad de Cartagena. Vivía incansablemente estudiando el pretérito. Fue así como, en aras de preservar el pasado, me llevó a su apartamento para mostrarme su técnica de conservación de casetes VHS y pedirme consejo. Émery los envolvía magistralmente con bolsas transparentes del almacén *Magaly París*, y luego de cerrar el estuche, pasaba un segundo plástico alrededor de la caja. “¿Crees que así el hongo no entra?”, indagó. “Es que hay vainas que yo tengo que no se consiguen por ninguna parte”. Yo estaba mudo. En ese momento vislumbré que no conocía a Émery. Además del cine, su frenesí por la música y la literatura eran similares. Pero sobre todo, su vida familiar y sus dos bellas princesitas me eran completamente desconocidas.

Entendí entonces por qué salía poco. Entre sus clases, el litigio y las investigaciones sobre cultura popular, Émery dedicaba las horas que le restaban a guarecer el castillo de sus princesas. Mi teoría borgiana se desmoronó. Yo no iba a ser una especie de Émery II: carecía de la inteligencia y el coraje para afrontar las dificultades que el destino de manera pertinaz interponía en su sendero. Desde ese momento, Émery dejó de ser para mí un ex-cineclubista nostálgico del celuloide y se volvió una especie de Superman, o mejor dicho, un dios del Olimpo –para ser exactos–. Caminar una cuadra con él (que, como muchos saben, podía durar horas) pasó a ser un verdadero honor y una lección de humanidad absoluta.

III

Eran las seis de la tarde del jueves dieciséis de agosto. Estábamos cara a cara. Émery exhalaba un olor indefinible; sus arrugas a flor de piel mostraban el inexorable paso de los años. En frente tenía a un ser extraordinario. Cuando lo veía, la gente quedaba hipnotizada por su hechizo. Yo le hablo, pero él no me responde. Lo estrecho y oigo sus latidos: cientos de murmullos parecen despertarse. Cierro los ojos y me dejo llevar. Es un instante místico: sus poros respiran el origen del mundo. Yo me siento feliz, en paz.

Estoy en la inmensidad del bosque francés de Bercé, en una región que los romanos bautizaron hace dos milenios bajo el nombre de Carnuta. Émery es uno de los habitantes de la reserva natural. Émery es un roble albar de casi tres siglos, alto, juicioso y encantador. Sonríe y pienso: “Esta no se la sabe el doctor Barrios”. Tomo algunas fotos para enviárselas por correo electrónico y continúo filmando otros árboles para mi documental experimental. Me alejo del célebre roble, pero de repente me asalta un extraño presentimiento. Un aroma de higos maduros impregna el ambiente. Tengo escalofríos. Me volteo para ver el árbol y sus hojas, que tocan el firmamento, se mueven rítmicamente, como un danzón caribeño.

A la mañana siguiente, me desperté pensando en una sucesión de letras: “babaem”, que corresponde al e-mail de Émery Barrios Badel. Y desde el sábado 18 de agosto, a cada rato pensé en el doctor Barrios. El problema consistía en que yo andaba de viaje rodando una película que a nadie le interesa, deambulando sin celular, y lejos de un computador con acceso a Internet. Cuando regresé a Marsella, leí un artículo de la gestora cultural Lorena Puerta Vergara sobre su desaparición y quedé literalmente tieso. ¿Y ahora qué hago yo con esas fotos? ¿Quién puede comprender toda la amplitud lúdica que significó nuestra disputa por el nombre de Émery? ¿Qué voy a hacer con la copia restaurada de *Las estaciones* (1975), de Artavazd Pelechian? En adelante, ¿quién me llamará a gritos por la calle segunda de Badillo? ¿Ahora quién hablará al unísono de Werner Herzog, con alguien que está a su derecha, y del son cubano en el siglo XIX, con alguien que está a su izquierda?

Cartagena de Indias quedó desamparada. El centro amurallado parece un navío a la deriva. Las callejuelas son grises. Los dulces del Portal perdieron su sabor. El Cuartel del Fijo se puso en huelga. Émery se fue dejando a todo el mundo huérfano. Dentro de unos lustros, cuando la congoja disminuya, algunos lo recordarán y un hachazo abrirá sus corazones. Yo, en cambio, lo buscaré por las esquinas, lo esperaré sigiloso en cada rincón, y cuando uno de esos Émery –como en la serie *Sliders* (1995-1999)– pase a mi lado venido de otra dimensión, lo abrazaré y le mostraré las fotos del roble que tomé especialmente para él. Ese árbol simboliza, por su verticalidad, el eje del universo y la comunicación entre los mundos. Émery lo intuía. Por eso escribía sin cesar historias de seres paralelos que se cruzaban, o que no podían encontrarse. Era su manera de decirnos que estaría siempre con nosotros, por allí, en alguna parte.

Marsella (Francia), 9 de septiembre de 2012.

